

PARA NORMA

Cuando se apaga la voz de un verdadero poeta, hombre o mujer, la especie humana pierde una luz, una antorcha, un surtidor de fotones. Desaparece una de esas luces que nos sirven para escudriñar, y hacerlo con deleite y expectación, lo que somos y en dónde andamos.

Al morir un joven poeta –los dioses, según se dice, tienen predilección por ellos- todo mundo se conduele. Y es comprensible que sea así. Pero lo que ha muerto con él es un incierto futuro, una posibilidad, un “tal vez hubiese llegado a”, es decir, una promesa.

Yo me aflijo y consterno más, cuando el que aborda la barca de Carón es, mujer u hombre, un poeta maduro o de la tercera edad que, como lo ha demostrado a lo largo de los años, tiene una obra sólida y señera y que, dada su experiencia literaria, su sensibilidad trabajada a golpe de martillo, su astucia para fijarles a las palabras semovientes las más adecuadas reglas de tránsito, es probable que, si la muerte no le hubiera apagado la voz y amarrado el corazón, habría continuado ofreciéndonos las cápsulas de belleza y conocimiento que traen consigo los grandes poemas.

Norma Bazúa Fitch nos ha dejado en plena juventud poética. Hago esta afirmación porque estoy convencido que hay jóvenes que escriben poesía senil, envejecida y sin futuro, mientras que los hay de edad avanzada, como mi querida Norma, que poseen el divino tesoro de un estro juvenil y prometedor. Como poeta que era, Norma no podía vivir sin rendir pleitesía a las musas, sin robarle cotidianamente secretos al mar, al viento, a las montañas, sin acercar sus labios a la confidencia y legarnos borbotones de sílabas amorosas. No podía vivir sin entregarnos pedazos de su alma y el rompecabezas de cristal donde, espejo al fin, podemos ver reflejado alguna parte de nuestra fisonomía o algún trazo de nuestra vida interior. Norma no podía vivir, insisto, sin darle alas y firmamento a su pluma, y cada vez lo hacía mejor, con mayor profundidad y sabiduría, como lo evidencia el progreso incuestionable que hay desde su primer poemario *De ser, amor y muerte* (prologado por Carlos Pellicer) hasta *Aprender la muerte* y los inéditos de la última etapa.

Norma: aunque ya no estés presente, siento que no te has ido, que no te irás, que tu recuerdo, tu obra, tu inolvidable pasión por la palabra justa,

emotiva, sin concesiones, no nos permitirán dejar que te vayas. Mi querida poeta, señora del palabrarío, quiero hacerte esta confidencia: todos los que amamos a ti y a tu poesía nos vamos a confabular contra el tiempo, contra la amarga letanía del reloj implacable, para que nadie tenga la torpeza o la estulticia de decir o suponer que Norma Bazúa ya no se encuentra entre nosotros. Todos los que te amamos.

Enrique González Rojo Arthur.

México, D.F, a 28 de abril de 2011